



www.loqueleo.com/es

Título original: DIE KONFERENZ DER TIERE

© Del texto: 1982, herederos de Erich Kästner

© De las ilustraciones: 1982, Walter Trier

© De la traducción: 1982, Carmen Seco

© De esta edición:

2018, Santillana Infantil y Juvenil, S. L.

Avenida de los Artesanos, 6. 28760 Tres Cantos (Madrid)

Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-201-9

Depósito legal: M-14.829-2017

Printed in Spain - Impreso en España

Segunda edición: diciembre de 2018

Directora de la colección:

Maite Malagón

Editora ejecutiva:

Yolanda Caja

Dirección de arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas, Julia Ortega y Álvaro Recuenco

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

La conferencia de los animales

Erich Kästner

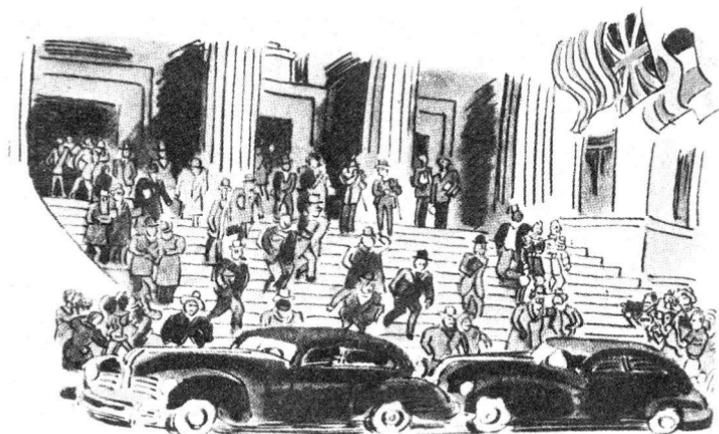
Ilustración de cubierta de José Belmonte

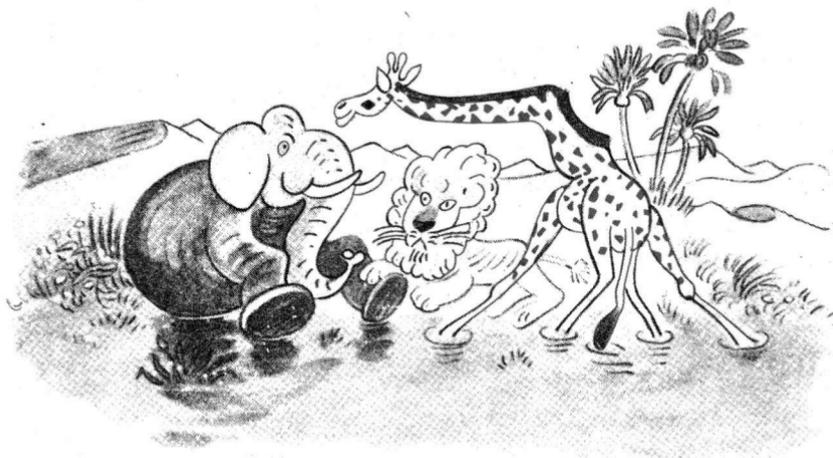
loqueleg

Telegrama a todo el mundo

—..— TERMINADA LA CONFERENCIA DE LONDRES —..— SIN RESULTADOS EN LAS NEGOCIACIONES —..— FORMACIÓN DE CUATRO COMISIONES INTERNACIONALES —..— DECIDIDA UNA PRÓXIMA CONFERENCIA —..— TODAVÍA HAY DIFERENCIAS DE OPINIÓN SOBRE EL LUGAR DE REUNIÓN

7





8

Un buen día los animales se hartaron. El león Alois, que como todos los viernes se había citado a orillas del lago Tchad con Óscar, el elefante, y Leopoldo, la jirafa, para tomar el trago de la tarde, dijo sacudiendo su melena de artista:

—¡Ay, esta gente! Si yo no fuera tan rubio, ahora mismo me pondría negro de rabia.

Óscar, el elefante, giró bajo su propia trompa levantada, con la que se lavaba el lomo como en una ducha templada, se desperezó y, con una gravísima voz de bajo, barritó algo que los otros dos no entendieron.

La jirafa Leopoldo estaba en el agua con las patas abiertas bebiendo a sorbitos rápidos. Luego dijo ella (ah, no, él):

—¡Terrible gente! ¡Y lo podrían pasar tan bien! Bucean como los peces, corren como nosotros, navegan a vela como los patos, trepan como las gamuzas y vuelan como las águilas, ¿y qué consiguen con toda su inteligencia?

9

—¡Guerras! —gruñó el león Alois—. Guerras es lo que consiguen. Y revoluciones. Y huelgas. Y hambrunas. Y enfermedades nuevas. Si yo no fuera tan rubio, ahora mismo me pondría...

—... negro de rabia —terminó la frase la jirafa. Porque los animales del desierto hacía tiempo que se la sabían de memoria.

—A mí sencillamente me dan pena los niños que tienen —dijo el elefante Óscar dejando colgar las orejas—. ¡Esos niños tan simpáticos! Y siempre tienen que soportar las guerras, las revoluciones y las huelgas, y luego aún dicen los adultos que todo lo hacen por el bien de sus hijos. Qué frescura, ¿eh?



—Un primo de mi mujer —contó Alois— trabajó durante la última guerra mundial en un gran circo en Alemania. De equilibrista y saltador de aro. «Asdrúbal, el Terror del Desierto» era su nombre artístico. En un ataque aéreo se incendió la carpa y los animales se escaparon...

—¡Pobres niños! —refunfuñó el gran elefante.

—... y toda la ciudad estaba en llamas, y los animales y la gente gritaban —continuó el

león—, y a Asdrúbal, el primo de mi mujer, el viento ardiente le chamuscó la melena, y desde entonces lleva tupé.

Indignado, Alois golpeó la arena del Sahara con la cola.

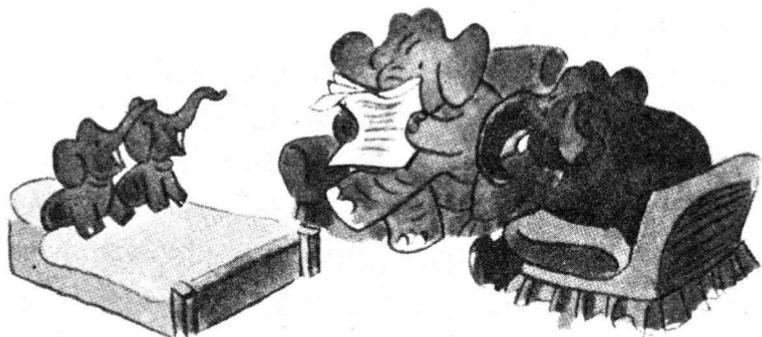
—¡Estos tontos! —chilló—. ¡Una y otra vez tienen que armar guerras, y apenas lo han partido todo en dos, ya se están tirando de los pelos de nuevo! Si yo no fuera tan rubio...

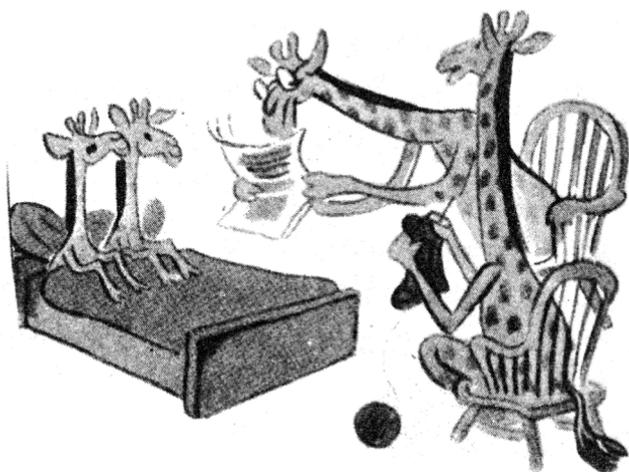
11

—Vale ya —cortó la jirafa—. Pero protestar no sirve de nada. ¡Habría que hacer algo!

—¡Sí! —tronó Óscar, el elefante—. Sobre todo por los niños que tienen, ¿pero qué?

Como no se les ocurría nada, se fueron a casa trotando preocupados.





Cuando Óscar llegó a casa, los elefantitos no querían irse a la cama y el más pequeño dijo:

—¡Por favor, léenos algo!

Entonces el padre cogió *La ilustración sahariana* y leyó en voz alta: «Cuatro años después de la guerra aún sigue habiendo en Europa muchos miles de niños que no saben dónde están sus padres, e innumerables padres que...».

—¡Déjalo, Óscar! —dijo entonces su mujer—. ¡Eso no es para elefantes pequeños!

Cuando Leopoldo llegó a su casa, las jirafas no querían dormir y la más pequeña dijo:

—¡Por favor, papá, léenos algo!



Entonces el padre cogió el *Heraldo del Sahara* y leyó: «Cuatro años después de la guerra, la cantidad de refugiados se eleva en Alemania Occidental a catorce millones, sobre todo viejos y niños, y su número crece de un mes a otro. Nadie los quiere...».

—¡Déjalo, Leopoldo! —dijo su mujer—. ¡Esto no es para jirafas pequeñas!

Cuando Alois entró en el dormitorio, todos sus hijos dijeron:

—¡Por favor, por favor, léenos algo!

Entonces el padre cogió el *Noticiero general del Sahara*, dijo «¡callaos!» y leyó: «Cuatro

años después de la guerra, que destruyó medio mundo y cuyas consecuencias aún hoy son imprevisibles, ya circulan rumores de una nueva guerra, que se prepara en secreto y pronto...».

—¡Déjalo ahora mismo, Alois! —gritó entonces su mujer—. ¡Silencio! ¡Esto no es para leones pequeños!

14 Cuando los elefantitos y todas las demás crías de los animales dormían ya, Óscar, el gran elefante, tuvo que ir a la cocina a secar los cacharros que estaba lavando su mujer.

—¡Es desesperante! —rezongó.

—¡Por esos pocos cacharros! —gimoteó ella—. ¡Cada día eres más vago!

—No es por las tazas y platos —dijo él—. Estoy pensando en la gente. En los refugiados, en la bomba atómica, en las huelgas, en el derroche de Norteamérica, en el hambre de China, en la guerra de Vietnam, en los niños y padres perdidos, en los disturbios de Palestina, en las cárceles de España, en el mercado negro, en los exiliados...

Se hundió agotado en una silla de la cocina. Su mujer estaba justamente lavando con la trompa los cazos de leche de las crías.

—¡Ahí! —gritó él de repente.

Ella, asustada, dejó caer uno de los cazos.

—¡Ahí! —chilló él, terco, y dio un puñetazo en la mesa de la cocina, donde estaba *El vespertino del Sahara*—. ¡Ahí! ¡Lee! ¡Otra conferencia que se ha ido al diablo! ¡Esta gente! ¡No saben más que destruir! ¡Tan pronto quieren construir, todo se vuelve una torre de Babel! ¡A mí sencillamente me dan pena los niños!